

El nigromante

Cándida Elizabeth Vivero Marín
Universidad de Guadalajara

El tiempo hizo lo que nosotros no pudimos: matar al alcalde. Ninguno esperaba que sucediera tan de repente, aunque en el fondo deseábamos que tarde o temprano el alcalde dejara de existir. Largas noches anhelamos su deceso sentados alrededor de las fogatas. Frente a las llamas, planeamos mil y un maneras de liquidarlo o, de plano, saboreábamos las múltiples formas con las que aderezábamos su fin. Pero a nadie se le ocurrió siquiera prepararse para un desenlace así, consumado en segundos. ¿Por qué maniobras del destino las cosas se sucedieron una tras otra, como en cadena, hasta propiciar aquello? Nadie lo sabía.

Todos, expectantes ante la noticia, coincidíamos en señalar que algo más allá de la casualidad, había tramado tan magnífico y espléndido plan. Estábamos dispuestos a descubrirlo. Así que, armados del valor que dan los ímpetus por adentrarse en un secreto profundo, decidimos ir a consultar al nigromante del pueblo. Sí, al hombre extraño y misterioso que nos veía de reojo, que escupía al piso cada que pasaba frente a la casa de algún enfermo, a quien nadie se animaba a saludar de mano.

—Ni modo—, dijimos y suspiramos hondo. Teníamos que ir o condenarnos a la duda. Y fuimos.

—¿Están seguros que quieren hacer esto? —se escuchó una voz tímida por entre el medio del grupo mientras avanzábamos. Sin responderle, es más, en un franco acto de indignación, ignoramos aquellas cobardes palabras que, no obstante, revelaban lo que acontecía en nuestros corazones. Por lo que continuamos



nuestra marcha en silencio, mudos por precaución: no fuera a ser que el miedo nos volviera a traicionar y, cual espejo pulido, nos mostrara los hoyancos de nuestras almas.

Caminamos varios metros con la misma actitud, encogidos los hombros con la cabeza gacha: derrotados antes de comenzar el enfrentamiento con las fuerzas ocultas. Hubiéramos querido presentar una imagen distinta: la de guerreros victoriosos que van a la batalla convencidos ya del triunfo; la de soldados laureados por la valentía y el arrojo demostrados en el combate. No podíamos. Nuestras fuerzas, todas, se concentraban en el siguiente paso que debíamos dar, como si tuviéramos que luchar contra un marmagnum de energías expelidas desde la casa del nigromante, que nos dificultaran avanzar hasta ella.

—El alcalde ha muerto —fueron las escuetas palabras que pronunciamos al unísono en cuanto se nos abrió la puerta. Sin habernos puesto de acuerdo, cada uno dijo la frase al mismo tiempo como salida desde lo más profundo del pecho.

—El tiempo lo ha matado —corrigió el nigromante y nadie se atrevió a refutarle, pues tenía razón— y desean saber cómo los minutos se han confabulado para hacerlo.

Una vez más, el nigromante decía la verdad y asentimos. A señas, nos hizo sentar en el piso, alrededor de un pequeño tapete hecho con varitas de bambú. Él se colocó en el lugar más importante del rectángulo, al menos eso supusimos, pues se hincó con mucho decoro y con extremo cuidado para no tocar el tapete. En esa posición, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas a la altura de sus labios, el nigromante sopló varias veces, susurró palabras incomprensibles, sacudió su cuerpo y lanzó los caracoles. Tenso el ambiente. Silencio. Hasta que por fin abrió los ojos despacio, sin prisa. Como quien busca una delgada aguja sobre el piso, el nigromante fijó su mirada en los caparazones y la mantuvo ahí, detenida y expectante, al acecho de las revelaciones.

—El tiempo es cruel, siempre lo ha sido, pero con el alcalde se ensañó más que con ningún otro —fueron sus primeras palabras después del prolongado mutismo.

—¿Qué quiere decir eso?, ¿acaso la vida no llega a su término cuando es debido? —se atrevió a preguntar incrédulo el cobarde del grupo.

El nigromante volteó a verlo con una sonrisa entre burlona y compasiva. El hombre se sintió cohibido, y en un acto de protección, se refugió tras las espaldas de otro compañero para no volver a hablar el resto de la noche.

—Tiene cierta razón —dijo el nigromante regresando su mirada a los caracoles y serio, muy serio, pero la vida no es nada sin el tiempo que la hace ser, pues éste puede existir perfectamente sin la vida. Así que, en cuanto el tiempo decide agotarse para alguien, la vida simplemente se va, desaparece.

Las frases del nigromante nos llenaron de confusión y muchas dudas. ¿Intentaba decirnos que el tiempo era algo más que instantes y segundos acumulados?, ¿era él, esa sucesión imparables de horas y semanas, algo más que relojes que nos marcaban pérdidas de trenes o arribos puntuales? Jamás nadie se había atrevido a referirse al tiempo como un ser ajeno a nosotros, independiente por completo, lleno de motivaciones ¿y deseos? El nigromante, no obstante el desconcierto manifiesto en nuestros rostros, siguió adelante:

—Poco a poco, cada mañana, al alcalde le fue restada una hora de vida. Seguramente desde niño sintió la nostalgia de haber perdido algo, de añorar una parte de sí mismo que no encontraba nunca, por ningún lado. Mas no hizo nada por recuperarla, al contrario, se dejó llevar por la melancolía. Y es que el tiempo, enterito, se le vino encima a los nueve años: justo el día cuando abrió el cajón del escritorio de su padre y encontró las llaves del infierno. Ahí, bien metidas al fondo, las vio brillar, relucir como el resplandor de la noche y las tomó. Las sostuvo delicadamente entre sus manos.

Quizá pensó que era un tesoro, quizá las llaves le hablaban mucho más que los miles de espíritus que lo rodearon de improviso para contarle sus penas. Hubiera sido mejor dejarlas en el lugar donde las había tomado, pero decidió acariciarlas, olerlas, hacerlas suyas. Se fue con ellas al monte, seguido por tantas almas



desatadas que comenzaron a deambular por el pueblo, a aullar sus culpas en los cruces de los caminos. Mientras, el niño-alcalde aspiraba una y otra y otra vez la dulzura del poder, arrobado por ese encantamiento que sólo puede provocar la furia de la destrucción. Sucumbió, quién no, a la terrible tentación de colgarse esas llaves en el pecho cual amuleto o, peor aún, escapulario de amarguras.

El niño-alcalde durmió entre hierbajos y piedras, entre insectos y llantos de ánimas en pena. Nadie lo dio por muerto, más bien lo creyeron huidizo, desaparecido, por lo que fueron a buscarlo. De nada sirvió tomarlo del brazo y bajarlo a gritos de padres angustiados ante la inconcebible travesura de aquel hijo que, hasta ese día, parecía bendito de tan excelente comportamiento.

Mas las cosas cambiaron desde lo profundo. Aquella raíz echada al mundo con buena crianza, se empezó a torcer. El tiempo decidió no hacerse su cómplice, no seguirle el juego a aquella cizaña que crecía robusta, bien podada. Así que comenzó a faltar una hora cada día en la vida del niño-alcalde quien, por lo demás, lo único que alcanzaba a percibir era el nacimiento de una como lejana sensación en medio del pecho. Después de varias semanas intentando dar con el origen de ese hueco hondo, se convenció a sí mismo que existía una relación directa entre las llaves y el color sepia con el que comenzaba a ver la vida.

Equivocado no estaba del todo, ciertamente, mas tampoco dio con la causa correcta y, sin más, se resignó a cargar con las consecuencias. El niño-alcalde siguió bebiendo de las mieles rencoresas hasta empalagarse. Harto, descubrió que las llaves lucían aún más si de vez en vez las tallaba con soberbia y rabia. La mezcla resultó un exquisito bálsamo para apalear un tanto la desazón que ya había creado un gran boquete en medio de su alma. Para no sentirla, se inventó remedios de traiciones y aprendió otros de la negrura misma depositada en los espíritus vagabundos. Se hizo erigir adulaciones al por mayor que lo contentaban un rato, el suficiente para apaciguar el ardor de la pérdida no ubicada nunca. Y siguió creciendo.

Joven, impetuoso, desbordante en bríos, el aspirante a alcalde supo de mañas y halagos falsos que le valieron un escalón, luego otro, hasta alcanzar la escalera completa y sentarse allí, en la mera punta para que nadie más pudiera subir. El alcalde, decía la gente, hará esto y aquello por el pueblo, arreglará ésta y aquella obra, terminará éste y aquel proyecto. Nada. Pese a las promesas, a los cientos de compromisos firmados ante notarios traídos *ex profeso*, el alcalde atendió sólo la llamada de las noches. Un atrevimiento por aquí, un levantamiento en la plaza, y las ráfagas de las metrallas, de los rifles, de los ojos del alcalde que todo lo veían, que todo lo miraban bien para registrarlo y vengarse luego: que don Justo se cayó del caballo, que doña Clemencia se resbaló en el río. Los accidentes se sucedían uno a uno, sistemáticos. Hasta que las voces del pueblo comenzaron a callar, a ahogarse en medio de la turba de bramidos nocturnos con los que se poblaban los caminos.

El alcalde, mientras tanto, rodeado de seres visibles e invisibles, las llaves colgando en su pecho, sin exhibirlas nunca en público. Sólo acariciándolas cada vez con mayor frecuencia como temiendo que alguien, que algo se las arrebatara del cuello. Porque olía, sí, olía muy bien la inconmensurable distancia que había entre su interior y el mundo. Tantos minutos cancelados, tantos segundos idos. Y atrás de esa fuga premeditada, el tiempo, siempre el tiempo que lo observaba a él, que lo registraba a él. No se dio cuenta que se le acabó. Ni siquiera pudo percatarse que los mismísimos espíritus habían huido de madrugada, que la finitud los había ennegrecido por completo. ¿Tonto?, en lo absoluto. Nada más engolosinado con lo que no debía.

El nigromante guardó silencio. Ninguno de nosotros se atrevía a preguntar por lo evidente: ¿y las llaves?, ¿dónde las abridoras de tantas desgracias juntas? El nigromante, impávido, miraba fijamente los caracoles. Pasaron muchos minutos así: él mudo, nosotros con ansias de saber.

—Antes de enterrarlo —rompió el mutismo—, su mujer le quitó las llaves que aún traía colgadas. La infeliz las arrojó al río. Debíó haberlas quemado. No lo hizo, y allí están: en el fondo del



cauce, atoradas en las piedras, esperando a que las rescaten. A que alguien más se las ciña al cuello y las vuelva vivas.

¿Qué más dijo el nigromante?, ¿qué terminó de aconsejarnos? Ni el más cobarde de todos, el que se escondió a las espaldas del otro, se quedó a escucharlo. Todos salimos a buscar esas llaves, esas malditas llaves que hacen alzar los hombros y enderezar la cabeza para ver el mundo de un color distinto... aunque sea sepia.

- **Cándida Elizabeth Vivero Marín**

Correo electrónico: elizabeth_vivero@hotmail.com

Mexicana. Doctora en letras por la Universidad de Guadalajara. Coordinadora del Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara. Líneas de investigación: Literatura, género feminismo.